**EL AULA EN EL CONTEXTO 2020**

**Videoconferencia**

**AUTORA: Vaccarini Laura**

**DNI: 13762037**

**Dirección Postal: Calle 22 N° 954 – (2640) Godeken – Santa Fe – Argentina.**

**Tel.: 3465-667079**

[**Laura.vaccarini4@gmail.com**](mailto:Laura.vaccarini4@gmail.com)

**Institución: Escuela de Educación Secundaria Orientada N° 378 B. F. M.**

**Directora: María Isabel Vaccarini**

**Dirección: Calle 9 y 16. (2640) Godeken – Santa Fe – Argentina**

**Teléfono: 03465-498210**

[**Sec378\_godeken@gmail.com**](mailto:Sec378_godeken@gmail.com)

**EL AULA EN EL CONTEXTO 2020**

**Antecedentes y Fundamentos**

En junio de 2019 presenté mi segundo libro al que titulé “Gestionar la innovación educativa. El aula y la clase, ante el reto del siglo XXI”. En su introducción, expreso que el aula y la clase son dos componentes educativos que se complementan uno al otro. Pensar en transformar la arquitectura áulica, innovando su formato, resulta insuficiente, si la clase sigue priorizando la enseñanza sobre la base de un manual, fotocopias (sueltas y/o cuadernillo), con la explicación informativa reiterada del docente, ejercicios, guías de estudio, preguntas fácticas, lectura de textos para subrayar ideas principales y secundarias… Y si la clase es innovadora, y el aula colabora con una estructura flexible, los aprendizajes y los resultados académicos, serán más positivos.

En lo personal, como profesora de aula, desde el año 2000 abordé la enseñanza basada en proyectos interinstitucionales, en retos y en problemas. Los alumnos construyen sus saberes en distintos espacios, ya sea dentro o fuera de la escuela, con tiempos y agrupamientos flexibles. Analizan y reflexionan sobre las problemáticas del contexto, pensando y diseñando posibles soluciones y alternativas. Relato esto para fundamentar que hablo desde la investigación en acción y sobre la acción a partir de cada uno de los roles que he ocupado en el sistema educativo: profesora, Directora de Escuela Secundaria y Supervisora. Hoy, como asesora pedagógica.

Antes y ahora, me refiero al aula como todo espacio físico en el que se construye el saber. La idea es que el aula se aleje de su sentido literal y figurado, con la intención de transformarse en verdaderos laboratorios de aprendizaje. También digo en esa introducción, que estoy convencida de que los docentes debemos personalizar el espacio donde desarrollamos nuestra tarea, concebirlo como nuestro, proyectando, haciendo de ese espacio un lugar propicio para el desarrollo y aprendizaje de los estudiantes. Hablo de innovar la “arquitectura áulica” porque la “arquitectura” es el arte de escribir en el espacio. Sin ser arquitecta, como docente, puedo y debo hacer del aula, un lugar abierto, de todos y para todos; con una conveniente distribución del mobiliario y del material que se encuentra en ella, para contribuir a configurar el espacio vital donde el alumno aprende a ser y a vivir. Además, los niños, adolescentes, jóvenes y adultos deben sentirlo como suyo, en el que tengan voz y voto en la distribución de mobiliario y material; más el desarrollo de su pensamiento crítico, de la creatividad, el cultivo de su inteligencia. El espacio es un recurso, por lo tanto, educa.

El libro está dividido en dos partes y, la primera en tres capítulos: Gestionar la innovación educativa desde la Supervisión, la Dirección y el docente en el aula. La segunda parte: Gestionar la innovación educativa, desde la evaluación. La proposición consiste en gestionar articulada y coherentemente esa innovación educativa desde cada uno de esos roles, para la mejora de los aprendizajes, a través de transformación sustantiva en la forma de habitar los espacios y las prácticas cotidianas. Cada accionar individual se entrelaza con el colectivo, se precisan unos a otros, porque es un proceso espiralado.

Pensar el aula y la clase desde esta perspectiva nos habilita a diseñar el aula según el contexto 2020.

**Objetivo general**

* Invitar a seguir pensando, proyectando, ejecutando y evaluando…

**Objetivos específicos**

* Formular interrogantes provocadores que ayuden a pensar y proyectar una nueva arquitectura áulica, en el contexto 2020.
* Proponer alternativas posibles.

**Desarrollo**

Gestionar la innovación educativa para la mejora escolar, está íntimamente entramado con lo que sucede en “**el aula y la clase**”. Ambas totalmente demandadas e interpeladas por la sociedad y el sujeto del siglo XXI. El término “innovación” connota una valoración cualitativa. Las innovaciones parten de una crítica a la situación original. Un cambio con mejora, con respecto a un objetivo previamente determinado. La innovación educativa sostiene una diversidad de experiencias, de cambios y, para que tenga éxito es preciso que los diversos actores que intervienen en el proceso, interpreten los cambios que conlleva la innovación y la vean como una solución al problema que les interesa resolver. Innovación está unida a la idea de “transformación sustantiva” de las prácticas educativas en una institución y en sus aulas. Innovar no es concebir una nueva idea sino desarrollarla, ponerla en práctica, aplicarla. La innovación es respetuosa con lo que se venía haciendo, parte de lo que ya se ha hecho, para ir mejorándolo. La innovación requiere tiempo, salvar los obstáculos que la dificultan, requiere de formación y de experimentación. Previo al aislamiento social, preventivo y obligatorio, ya enfrentábamos la necesidad de dar una respuesta a la “masividad con equidad”, “modificar las prácticas de enseñanza” y acompañar los cambios con nuevas formas de organizar y gestionar la institución”. Por ello se debe innovar en aquellos aspectos que menos han cambiado con el transcurso del tiempo.

La propuesta de innovación consiste en transitar de una visión centrada en los contenidos y objetivos, a otra centrada en los estudiantes. La clase ligada simbólicamente al “aula construida”, debe adaptarse al cambio. Por ello es necesario gestionar la innovación en las clases para la mejora escolar. Mariana Maggio (2018) tituló su libro “Reinventar la clase en la universidad”, y en él menciona que la clase universitaria está perdiendo sentido y que todo lo que se hace desde una perspectiva clásica en materia de didáctica los estudiantes lo tienen disponible y no necesitan asistir. Por eso invita a reinventarla. Yo sostengo que también en el Nivel Primario, Secundario y Superior, la clase debe reinventarse. El aula es un espacio que posee determinadas propiedades que la distinguen como la amplitud, la comodidad, entre otras. A través del aula-espacio se puede estudiar el clima de un grupo, las relaciones interpersonales, las representaciones con relación al poder y la autoridad entre unos y otros. Laura Litwin clasifica a las aulas en “estancadas o en movimiento”. Las primeras se identifican con alumnos pasivos y desmotivados; las segundas, son dinámicas, con buenos resultados pedagógicas, con alumnos que piensan y se relacionan de manera positiva, alta participación de los estudiantes… Los Supervisores y Equipos Directivos son los responsables de promover que las aulas estén en constante transformación.

Transcribo dos de las cuatro preguntas que planteo en esa introducción y considero útiles para pensar en este contexto 2020:

* ¿Qué puede hacer la escuela para producir esa modificación de aula tradicional, a un aula adaptada a las demandas del sujeto que aprende en el siglo XXI?
* ¿Cómo transformar esas aulas que generalmente son consideras como lugares ocupados por niños, adolescentes y adultos, sentados en filas detrás de un escritorio, en “entornos de aprendizaje físico que promuevan y fortalezcan la comunicación de diferentes maneras, la participación en actividades inter-intra y multidisciplinarias?

Parafraseando a Lidia Fernández, los espacios escolares adoptan ciertas configuraciones particulares en situaciones críticas, ya que la escuela es un escenario para el juego de tensiones sociales e individuales. Si acordamos que la clase debe pensarse desde un paradigma que se aleje de las estrategias tradicionales, -cuaderno/carpeta, libro, docente hablando, explicando y/o escribiendo en el pizarrón, y alumnos pasivos escuchando, tomando apuntes-, y se propongan clases interesantes, provocadoras, desafiantes, motivadoras que despierten el interés por aprender, estaremos en condiciones de imaginar el aula y la clase con la mirada contextualizada en esta realidad que tenemos.

Interrogantes que nos interpelan en este momento:

* ¿Con qué modelo didáctico-pedagógico identificamos nuestras clases en el período de cuarentena?
* ¿Pudimos evitar la escena áulica tal cual la desarrollábamos en clase previo al 19 de marzo? ¿Cómo nos adaptamos a este nuevo contexto?

Y, para la vuelta a la escuela:

* ¿Estamos dispuestos a sostener todas las prácticas educativas innovadoras que hemos producido para ajustarnos a la llamada “enseñanza remota”?
* ¿Qué otros recursos y estrategias son posibles de poner en práctica para la “nueva normalidad” que supuestamente alternarán entre clases virtuales y presenciales, agrupamientos, espacios variados…?

Reflexionar sobre posibles caminos alternativos, debe ser nuestro propósito. Como todo proceso de enseñanza, de aprendizaje y de evaluación debe ser situado, las propuestas variarán en función del contexto.

Mi proposición se focaliza primero en los espacios posibles a disponer para desarrollar las clases. Es preciso imaginar que:

* La clase se desarrollará en un lugar que no era el habitual, por lo tanto, debemos estar predispuestos a trabajar tal vez, en condiciones óptimas pero diferentes.
* Los agrupamientos variarán. Los días, horarios y turnos de asistencias serán distintos.
* Los estudiantes y nosotros tendremos otras expectativas, intereses, problemáticas. Esto nos exigirá en primer lugar, **“conocer, reconocer y aceptar”** al alumno que tendremos en el aula heterogénea.
* El protagonismo lo tiene el alumno. Debemos colocarlo en el centro de la escena áulica: escuchándolo, dándole voz, permitiéndole elegir, proponer y actuar sobre su aprendizaje.

Por lo expuesto, el educador deberá apelar nuevamente a toda su creatividad y gestionar la innovación educativa desde esa nueva aula. Tal como lo describo en el libro, el educador es un “**improntador de emociones**” (Perret, 2016); un “docente compositor” (Spiegel, 2006); “**repartidor de oportunidades**” (Vaccarini, 2019). Estas capacidades, más todas las que puedan surgir, son las que el docente podrá potenciar para ofrecer propuestas alternativas, ya que la clase no podrá volver a ser lo que era. Gestionar la innovación educativa, la de todos los días, la más compleja; “Reinventando la enseñanza de la cotidianeidad”, como dice Mariana Maggio. Esa enseñanza debe adaptarse a la diversidad de los sujetos que pretende educar. Seguramente surja la pregunta:

¿Qué y cómo debo hacerlo? ¿Cómo logro que el conocimiento sea socialmente significativo?

Aspectos posibles a considerar, entre tantos otros:

* Dar variedad de propuestas, diversidad de estrategias didácticas de enseñanza, para que el estudiante pueda elegir cuál hacer y que resuelva en la escuela y luego en su casa, hasta donde sea capaz de llegar.
* Cuando la cuarentena irrumpió en nuestras vidas y en las escuelas, de repente los estudiantes forzosamente debieron desarrollar mínimamente su autonomía. Esta es una gran oportunidad para continuar fortaleciéndola, desde el Nivel Inicial al Superior.
* En muchas escuelas durante estos meses han podido desprenderse de las clases tradicionales individuales y proponer **un abordaje interdisciplinario** para trabajar en torno al aprendizaje basado en problemas, retos, proyectos. Una metodología que interpela al educador, para inventar nuevas formas de enseñar, que combina la presencialidad con la virtualidad.
* El Ministerio de Educación Nacional estableció junto con las jurisdicciones provinciales, la no “calificación” del primer trimestre del presente ciclo lectivo. Otro tema es la evaluación de los procesos de enseñanza y de aprendizaje, acto educativo que hacemos cotidianamente. La segunda parte de mi libro, la titulé “Gestionar la innovación educativa, desde la evaluación” y digo “…de nada vale que innovemos en estrategias didácticas de enseñanza y de evaluación, si no innovamos en evaluación”. La evaluación tradicional es la que se caracteriza por ser individual, igual para todos, en un tiempo y espacio idénticos. Yo invoco a correrse de la transposición didáctica de la que participa y dejar la evaluación estándar- igual número de notas, de pruebas, de promedios. Invoco también a una evaluación formativa, con retroalimentación, autoevaluación y coevaluación. Siguiendo a Perrenoud, la evaluación formativa adquiere todo su significado en el marco de una estrategia pedagógica de lucha contra **el fracaso y las desigualdades.** Cuando la evaluación se hace formativa, se transforma en una dimensión del acto de enseñar.

Focalizando este paradigma de evaluación, cuando volvamos a las aulas será necesario hacer una evaluación diagnóstica para revisar los saberes construidos; los razonamientos espontáneos que surjan; las actitudes y los hábitos adquiridos por los alumnos, en función de su utilidad para el aprendizaje esperado. En ese diagnóstico debemos pensar en las potencialidades cognitivas de los estudiantes, proponiendo desafíos intelectuales significativos para involucrarlos en nuevas situaciones y conducirlos a la superación cognitiva, como dice Hoffman (2010). Luego, durante el desarrollo del formato de enseñanza que propongamos, secuencia didáctica, unidad didáctica o enseñanza basada en proyecto educativo, yo enfatizo la comunicación como elemento trascendente en el nuevo vínculo pedagógico que entablemos con los estudiantes. En esa comunicación, debe **primar la empatía** con los alumnos. Es imperioso crear un clima de confianza académica con ellos, y la retroalimentación es la base para lograrlo. Rebeca Anijovich habla de retroalimentación dialógica. Esta pretende abrir un nuevo juego, un nuevo desafío, tal vez a través de una pregunta que lo oriente a encontrar el error o completar lo que le falta; pero sabe que debe continuar con esa producción. En este modelo dialógico establezco el circuito de retroalimentación, le digo algo, y espero su respuesta. Por eso la evaluación formativa es concebida como un proceso de regulación. Evaluamos permanentemente para saber qué están aprendiendo. Hago retroalimentación dialógica para apoyar, guiar el aprendizaje y mejorar su calidad. La **retroalimentación** es uno de los mecanismos de **andamiaje de la enseñanza**, ya que facilita el aprendizaje. Sin ella, el alumno seguramente seguirá cometiendo los mismos errores. La retroalimentación debe producirse durante el proceso de aprendizaje y no solo, al finalizar, cuando ya se terminó el desarrollo del tema. Y para que dé mejores resultados, el educador debe analizar detenidamente el trabajo de los alumnos e identificar los patrones de errores, los obstáculos en el aprendizaje que más demandan de su intervención pedagógica. Es aconsejable preguntarse:

* ¿Cuál es el error principal?
* ¿Cuál es la razón probable de que el alumno cometiera este error?
* ¿Cómo puedo guiar al alumno para que evite el error en un futuro?

La evaluación formativa dependerá en gran medida de las **evidencias** que desde la planificación se haya previsto que se podrán obtener, para valorar los progresos de los alumnos en el aprendizaje, los saberes nuevos que han conseguido, sus razonamientos y sus hipótesis o explicaciones, así como las estrategias que empleen para aprender. No se trata de tener evidencias de cada actividad, sino de reunir evidencias que permitan evaluar los aprendizajes para verificar los progresos de los estudiantes e identificar los apoyos que requiere un alumno o los alumnos en general; lo que decía antes, conocer y analizar los tipos de errores cometidos, dar seguimiento al aprendizaje.

Corresponde hablar de la necesidad de utilizar variedad de técnicas e instrumentos de evaluación para la recolección de información. Si hablamos de que nuestras escuelas son democráticas, que somos democráticos y esperamos que el perfil de nuestros egresados sea, un ciudadano democrático, se requiere la redacción de criterios e indicadores precisos, consensuados colectivamente, explícitos y transparentados.

Y al finalizar la secuencia didáctica, la unidad o el proyecto, es el momento del cierre, en el que el estudiante o los estudiantes reflexionan sobre lo aprendido y cómo lo aprendieron. Esta metacognición guiada por los educadores, colabora para que el alumno construya nuevos aprendizajes a partir de los ya construidos.

**Conclusiones**

El docente solo no puede para hacer este cambio y lograr una verdadera innovación educativa, necesita de otros, de sus colegas y de la institución. El aula es un dispositivo de cambio, iniciando desde nuevas metodologías activas, cooperativas, auténticas que empoderan al alumno, al concebir que todo espacio puede transformarse en aula.

Después de esta cuarentena, se necesitan nuevos roles docentes frente a un mundo hiperconectado. En palabras de Lucía Garay, el aula es el corazón de la escuela. El aula es toda una institución. Para los alumnos es más significativa que la escuela. Por eso, los docentes debemos transformar los nuevos espacios que alojen a los estudiantes, con nuevas subjetividades.

Ya no podemos ofrecerles ni las aulas ni las clases tradicionales; tampoco, la evaluación como una actividad puntual y externa al proceso de enseñanza y de aprendizaje. La evaluación formativa, al tener como propósito la mejora del aprendizaje, **regula** el proceso de enseñanza y de aprendizaje, principalmente para adaptar o ajustar las condiciones pedagógicas a las necesidades de los alumnos; es decir, las estrategias, las actividades, planificaciones. Logra aprendizaje significativo, porque influye directamente y de manera positiva en el desarrollo cognitivo del alumno. Debemos pensar siempre en una evaluación incorporada al proceso de enseñanza y de aprendizaje, donde se devuelve información al estudiante a través de una **retroalimentación dialógica** por eso, es un enfoque comunicativo-crítico.

**Bibliografía**